

Rangún

La noche del jueves 16 de agosto de 2004, pese al cansancio del viaje y que nos habíamos ido tarde a la cama, no lograba conciliar el sueño y me dio por repasar una vez más las razones que nos habían llevado a escoger Birmania para pasar dos semanas de vacaciones ese verano. En primer lugar, mi hija Lola había venido desde Bangkok por motivos de trabajo el año anterior y, tras permanecer un par de días en la ciudad, había recorrido el país durante una semana de la mano de un guía local, del que había conservado el teléfono y la dirección electrónica, y había vuelto entusiasmada. También nos había influido el carácter cerrado y, por tanto, aún más remoto de un país que unos militares golpistas – cuyos líderes evitaban llamarse por sus nombres y preferían, tal vez por precaución o para dejar aún más claro el carácter jerárquico de su Régimen, denominarse con números - gobernaban con mano de hierro desde hacía casi cuarenta años. Y estaba por último el hecho de que la principal dirigente opositora a la dictadura fuera hija del fundador de la Birmania independiente, una mujer de aspecto endeble y de voluntad indomable, ganadora pocos años antes de las únicas elecciones convocadas por los militares – tal vez por descuido o porque, intoxicados con sus propios discursos, pensaban realmente ganarlas - y sometida a arresto domiciliario desde entonces.

Curiosamente, ella había sido la responsable, tres meses antes de nuestra partida, del único momento serio de duda pues, tras uno de los frecuentes endurecimientos de sus condiciones de reclusión, emitió un

comunicado donde pedía a los turistas extranjeros que no visitaran su país. Pilar, Isabel, Martín y yo discutimos el asunto durante varios días. “Si algo contribuyó a cambiar España bajo la dictadura franquista fue el turismo masivo” recordé yo. “Malamente se derriba un gobierno castigando a su pueblo” añadió Pilar. “Sin embargo Birmania no es España, ni Indochina Europa” puntualizó acertadamente Martín. Al final, y con el corazón dividido, decidimos no hacerle caso.

Desde el momento mismo de aterrizar, casi todo en Rangún nos resultó extraño: que la Junta le hubiera cambiado el nombre al país y a la capital; que el país continuara siendo un centro de producción y distribución de opio; que el principal sostén de su régimen militar de extrema derecha fuera la China poscomunista; que las autoridades planearan crear una nueva capital en mitad de la selva a donde serían trasladados los funcionarios y sus familias por la fuerza. Lo visto durante nuestro primer día en la ciudad – a la que no lográbamos llamar Yango - confirmó nuestras primeras impresiones: el aeropuerto pequeño, de aire provinciano, incomparable no ya con el internacional de Bangkok sino con el mucho más modesto de Luang Prabang; los automóviles, todos de segunda mano, todos coreanos o japoneses, todos con el volante a la derecha aunque en Birmania – rebautizada Myanmar – se conducía por la derecha y no por la izquierda; la carretera entre el aeropuerto y la ciudad, una autopista de doble vía y suelo de cemento tan pobremente iluminada como las que yo recordaba haber transitado en el Berlín Oriental o en la Cuba castrista; la furgoneta de Shwe Toe, nuestro guía, un vehículo de siete plazas, relativamente nuevo, mantenido con pulcro esmero cuyos asientos estaban recubiertos con forros caseros de tela ribeteados con

puntillas; la ingenua insistencia del Shwe en los “nuevos” negocios que podían verse desde la carretera (restaurantes y concesionarios y talleres de automóviles en su mayoría) y, gran acontecimiento, en la recién inaugurada sede de un banco japonés; el comedimiento con que nos mostró el “barrio de los ricos” (comerciantes, plantadores de café, exportadores de madera de teca...), una zona de mansiones ajardinadas cuyo aspecto denotaba haber servido antes (al menos en parte) de alojamiento a los altos funcionarios, militares de graduación y negociantes del imperio británico; la lejana y espectral visión de la enorme estupa del Shwe Dagon refulgiendo bajo una lluvia intermitente y sobresaliendo por sobre los tejados.

El propio hotel Yuzana (35 USD por noche), que Shwe nos había reservado, parecía sacado de una novela del socialismo real: paredes desconchadas sembradas de oscuras manchas de contornos irregulares; ascensores y sanitarios recién restaurados; viejas moquetas que despedían un espeso olor a humedad; el mobiliario, escaso y en general bastante desangelado; las enormes habitaciones de techos muy altos y decoración espartana; los larguísimos pasillos de lúgubre aspecto iluminados con bombillas desnudas de bajo consumo que les conferían un aire espectral... Sin embargo, el aire acondicionado, aunque ruidoso, funcionaba correctamente y prometía una noche sin mosquitos. También funcionaba el televisor a través del cual pudimos asomarnos por vez primera – y sin entender ni una palabra - a una oferta televisiva cuya radical monotonía no defraudó ni un instante nuestros peores presagios.

Cubierto con una sábana limpia y áspera, y arropado por una manta gris y una gruesa colcha color oro viejo, escuché el duro ruido de la lluvia y releí la

Lonely hasta las tres de la mañana. Leí sobre el Shwe Dagon y su magnífica estupa (que en Myanmar llaman *payas*) donde según la tradición se conservan al menos cuatro cabellos de Buda; sobre las idas y venidas, naufragios incluidos, de su pesada campana; sobre la ciudad de Yangón, fundada en el siglo VI por el pueblo mon con el nombre de Dagon y transformada en el XVIII en capital de Birmania; sobre el auge de la ciudad bajo el imperio británico, hasta el punto de que en 1900 decían contar con infraestructuras y servicios públicos similares a los de Londres; sobre el terremoto y el tsunami que la devastaron en 1930; sobre cómo Aung San se dirigió en 1986 a 500.000 seguidores pidiendo el retorno a la democracia en el mismo lugar donde cuarenta años antes su padre proclamara la independencia.

Me dormí soñando un sueño pesado e inquietante cuyo argumento había olvidado al despertar, de modo que afronté nuestro primer día en Yango con ánimo más bien circunspecto y un tanto deprimido a cuya mejora no contribuyó el que nuestra primera actividad fuera ir a las oficinas de Thai Airlines donde Isabel, quien estando ya en el avión descubrió que lo había perdido, entró a pedir un duplicado del billete de vuelta. Ella y Martín salieron de la oficina poco después. Al parecer, todo estaba arreglado pero no les darían el duplicado hasta que no volvieran con el comprobante de haber denunciado la pérdida. Shwe, tan servicial como siempre, se ofreció a llevarlos a la comisaría más próxima, y Pilar y yo decidimos esperarles en cibercafé cercano desde donde lo primero que hice fue enviarle un mensaje a Lola para que comprara el antipalúdico que Pilar, a quien no acababa de sentarle bien el que yo llevaba, necesitaría a nuestro regreso a Bangkok.

Salimos, caminamos unos metros, sentimos las primeras gotas de lluvia sobre nuestras cabezas y nos refugiamos en un café cercano. Nos sentamos, Pilar se puso a hojear la guía y yo me relajé, suspiré hondo y miré en derredor. El local no era muy grande, tenía un amplio ventanal que daba a la plaza y su decoración era nueva y bastante moderna. Había cuatro mesas ocupadas por turistas, chicos y chicas de entre veinte y treinta años, espigados y atléticos; sus pieles, que en circunstancias normales habrían sido de un blanco crudo si acaso más bien sonrosadas se veían ahora morenas y curtidas y entre ellos, desperdigados sobre las sillas y por el suelo, reposaba un amplio surtido de mochilas, impermeables, bastones y botas. Hablaban en voz baja un idioma que podía ser alemán u holandés, o tal vez danés o sueco, y de vez en cuando reían, se daban palmadas en la espalda y se mostraban libros y mapas unos a otros.

- ¿Son ustedes españoles? – Pese a que ocupaba una mesa cercana, solo cuando habló reparé en él. Un tipo grande, voluminoso, de piel pecosa y ojos claros nos miraba con una mezcla de curiosidad y simpatía. No necesité que me lo confirmara para saberlo gringo. Según me dijo casi de inmediato era fotógrafo, preparaba un libro de fotografías sobre Vietnam y enseñaba inglés y literatura en Bangkok, en un colegio anglicano de secundaria, a alumnos budistas y musulmanes. De hilo en ovillo, como si llevara tiempo deseando contárselo a alguien, afirmó haber sido compañero de clase de Kofi Annan y haber viajado por España varias veces durante los años sesenta y los setenta. Adoraba España, según dijo. Y luego, haciendo una pausa para darle la entonación adecuada, aseguró que “le había dolido Granada” y, en una alusión de significado incierto “el renovado auge de la intolerancia” en nuestro país.

Pilar le explicó que éramos turistas, que veníamos de Bangkok donde mi hija trabaja para las Naciones Unidas y que ella era profesora de historia y de demografía. Luego, mientras ella mostraba su asombro por la importancia que aún seguía teniendo la religión Asia y en USA en comparación con Europa, yo no pude evitar pensar en otro gringo, también fotógrafo y que también adoraba España, al que yo había conocido en circunstancias muy distintas.

Porque cuando en marzo de 1983 yo llegué trasladado a Almería, y busqué donde alojar a mi mujer y a mis hijos que habrían de llegar poco después, alguien me puso en contacto con un norteamericano que vivía en la Plaza Vieja y que apenas una mes antes había puesto su apartamento en alquiler. Él era fotógrafo y su mujer decoradora, y aquella había sido su residencia durante los últimos diez años. Cuando tras cerrar el trato enseguida le pregunté por qué se iban él me explicó sin titubear que pocos meses antes su nombre había aparecido en una revista española de gran tirada formando parte de una lista de supuestos agentes de la CIA. “En estas condiciones” prosiguió “mi presencia aquí ya no tiene sentido”. Y a continuación me explicó que había trabajado para la CIA desde que, mediado en el último semestre de Universidad, diversas agencias federales se presentaron en su clase con un variado catálogo de ofertas de empleo para los futuros recién licenciados. Era un trabajo bien remunerado que le obligaba a poco, una suerte de *free lance*, muy compatible con su ocupación principal de fotógrafo publicitario o, según le dijeron, con cualquier otra actividad privada que quisiera emprender. “El grueso de mi trabajo consiste en coleccionar recortes de prensa sobre los temas que les interesan y a enviárselos a mi enlace. Es una actividad que nunca ha interferido con mi vida personal y que me proporciona ingresos extras.

Además” dijo sin alterar el tono de voz “tengo la sensación de estar sirviendo a mi país”. Cuando le pregunté por qué había elegido un lugar tan apartado como Almería respondió: “Hace tiempo que mi mujer y yo queríamos venir a Andalucía. Y, según me dijeron, éste es un buen lugar para estar al tanto de los movimientos de la flota soviética del Mediterráneo”.

Nunca supe si aquél hombre, cuyo nombre he olvidado pero no así su físico atlético ni la bella elegancia de su mujer, me dijo la verdad (o toda la verdad) pero ni él siguió dando más explicaciones ni yo consideré educado seguir preguntándole. No he conseguido saber si fue el primer espía con quien me topé en mi vida pero sí fue el primero que me lo reconoció abiertamente, y lo que más me asombraron fueron su consolidado aspecto de hombre culto, viajado, fiable pese a su aire un punto bohemio, y la tranquila, reposada naturalidad con que me lo contó. Gran parte de esas características – la ingenuidad, el interés por países lejanos y, hasta cierto, punto exóticos, un cierto espíritu redentorista y aventurero - unidos a la irrefrenable sensación de que lo que está escuchando seguramente es verdad pero no toda la verdad, las veía de nuevo ante mí aquella mañana en aquél café de Rangún y me produjeron una rara desazón. Que se vio acrecentada cuando, charlando sobre los problemas del mundo actual, nuestro interlocutor se puso a contarnos que su sobrino y el sobrino de su casero acababan de morir en un atentado en Irak, a él le habían pedido en su colegio que oficiara un servicio en su memoria, y él había aceptado y rezado por ambos... y por todos los iraquíes muertos en tan terrible guerra. Aunque yo había conocido gringos contrarios a la intervención en Irak, que aquél hombre nos contara aquello con aquella naturalidad en aquél

lugar y en aquél momento, y sin conocernos de nada, me pareció tan inverosímil como sospechoso.

Mis sospechas, me dije, eran sin duda infundadas pero no mejoraron cuando, luciendo su mejor sonrisa, me entregó una hoja de papel impreso que sacó de su bolso de bandolera. En ella, debajo de su nombre, su ocupación y la dirección del colegio donde trabajaba, aparecían no menos de quince párrafos con el resumen de su experiencia profesional desde los años sesenta hasta entonces con ocupaciones y destinos como “Information officer development/social service NGO, Vietnam 1966-1968”, “Information officer, Asian Institute of Technology” Bangkok, 1970-74” o “Information officer, Mekong River Commission Secretariat” 1991-92, alternados con estancias en Universidades e instituciones públicas y privadas de Virginia, Ohio y California, un presunto certificado en estudios de cultura, política, lengua y conducta animal india (sic) por la Universidad Estatal de Oregón, y una confusa monografía, quién sabe si resultado de un trabajo de grado, titulada “The future of the Asians in East Africa” publicada por la Universidad de Minnesota y dirigida por un tal N.S. Nikam.

De tan embarazoso encuentro vinieron finalmente a rescatarnos Isabel y Martín a quienes, precedidos por Shwe, vimos en ese momento cruzar la plaza en diagonal hacia nosotros. Nos pusimos en pie de un salto, pagamos la cuenta y nos despedimos del gringo un tanto atropelladamente pero felices de ponerle punto final a una conversación cuyos derroteros se nos empezaban a escapar de las manos. Luego fuimos todos hasta la oficina de Thai y resueltos por fin los trámites del billete nos subimos a la furgoneta justo cuando

empezaba a llover otra vez para emprender la marcha de acuerdo con el itinerario de la visita a Rangún que Shwe había preparado con anterioridad.

Nos detuvimos primero en un monasterio de monjas, un edificio apabellonado con tres o cuatro edificaciones de dos plantas con fachadas de cemento a las que apenas le quedaban unas pocas trazas de pintura blanca y techos metálicos rojos y verdes, una institución donde, según Shwe, vivían en ese momento unas 285 mujeres y en dónde la presión por entrar aumentaba de día en día. Todas las monjas vestían túnicas de un rosa pálido y calzaban unas sencillas chanclas de goma y se la veía, lo mismo que al interior de los edificios, y a los patios y jardines que los rodeaban, aseadas y limpias. Shwe nos dijo que eso era así porque comían y se duchaban dos veces por día y dedicaban gran parte de la jornada a la limpieza personal, de sus escasos útiles individuales y, sobre todo, de los espacios comunes, unas tareas de limpieza externa que para ellas simbolizaban, mejor que cualquier otra cosa, la pureza de sus mentes y la limpieza de sus corazones. Además de los patios recorrimos el comedor, la sala de oración y la cocina en cuyo interior, tan ordenado y limpio como el resto de las dependencias, me llamaron la atención dos freidores enormes, tipo wok, donde cuatro monjas actuaban de cocineras salteando, mediante unas largas cucharas de madera, enormes cantidades de cacahuètes y ajos tiernos.

Shwe nos llevó luego hasta el centro colonial de Rangún, organizado todo él en torno a una plaza cuadrangular de dimensiones gigantescas en uno de cuyos extremos había unos cuantos edificios de doce a quince plantas a medio construir que según nuestro guía estaban destinados a ser nuevos

hoteles en un futuro más prometedor para el turismo que el momento presente. Recuerdo el moho que recubría la mayor parte de las fachadas; el monumento a la independencia; la gran pagoda circular; el impresionante edificio del *post-office* que, empotrado en lo alto de la fachada, todavía exhibía el cartel de su función originaria en el idioma de los colonialistas; la mezquita y el barrio comercial musulmán; y, desde luego, el mercado central – donde nos un rato refugiamos porque había empezado a llover de nuevo - con su variado surtido de puestos de lacas, joyas, pinturas, artesanías y telas, así como unos baños públicos donde, ni urgidos del peor modo posible, se nos habría ocurrido entrar. Del mercado salía una pasarela elevada sobre las vías del tren que, tal vez por estar cubierta, había sido transformada en una suerte de galería comercial ocupada en su mayor parte por humeantes puestos de venta de comida salteados, aquí y allá, y por tenderetes donde se ofrecían piedras, lacas, telas, bolsos y unas pocas antigüedades reales o falsas. La recorrimos navegando los ríos de gente que circulaban de un extremo a otro y volvimos sobre nuestros pasos sin haber comprado nada porque aunque los precios, en comparación con Bangkok, nos parecían ridículos, Shwe no paraba de repetir “muy caro” y “no comprar”, indicando los lugares que visitaríamos más adelante y en los que con seguridad encontraríamos los mismos artículos pero de mucha mejor calidad y a mejor precio. Así pues, bajamos y seguimos paseando bajo una llovizna intermitente, y curiosamente, pues veníamos de estar en zonas donde la vida comercial - que en las ciudades de Asia suele ser casi toda la vida –se mostraba más ampliamente, cuanto más recorríamos aquellas calles y plazas encharcadas donde eran escasos los peatones y apenas circulaban coches y autobuses, más terreno ganaba en mi mente la

convicción de estar visitando un país en lo fundamental habitado por monjes y militares, decaído, decrépito, destartado y que marchaba en la dirección opuesta a otros de la zona embarcados, tras años de guerras y subdesarrollo, en acelerados procesos de modernización que si, por un lado, ponían ciertamente en riesgo ecosistemas y tradiciones, abrían también ante sus habitantes la posibilidad de un mañana más confortable y, en ciertos aspectos, también mejor.

Quién sabe si para poner coto a mis murrias o porque a nadie se le ocurrió nada mejor, sugerí ir a la tienda de muebles cuya dirección me habían dado en Madrid unos colegas cuando supieron que vendríamos. Los conocía desde la Facultad, nos unían intereses comunes y habíamos trabajado juntos en distintas etapas de nuestra vida profesional. Ellos habían visitado Birmania el año anterior y en una tienda de Rangún habían encargado unas tallas de madera y varias mecedoras que, pese al tiempo transcurrido, aún no habían recibido. A duras penas habían conseguido contactar, en una ocasión por teléfono y en otra por correo electrónico, con la tienda pero, además de las dificultades de comunicación, ni su inglés ni el de la vendedora eran los bastante fluidos para permitirles entenderse. Sabían que el bloqueo internacional al comercio birmano obligaba a enviar las mercancías por barco a través de consignatarios ubicados en terceros países (Singapur y Malasia, preferentemente) y que las entregas solían demorarse de tres a seis meses, pero la cosa sobrepasaba cualquier plazo razonable y me rogaban que hiciera averiguaciones y tratara de resolver la situación para lo que me habían dado el nombre y la dirección de la tienda en una hoja de papel.

Shwe examinó el papel, asintió con la cabeza y sin más comentarios puso rumbo a un barrio de las afueras, a una calle de tierra que subía por la falda de una ladera repleta de vegetación y desembocaba en una zona de casitas de una sola planta, una área habitada por modestos artesanos, la mayoría de los cuales trabajaban el hierro, el barro, la madera y la piedra. La tienda-taller en cuestión era una de los más humildes y apartadas, y nada más entrar nos dimos cuenta de que su producción, de un estilo corriente y poco refinado, no estaba pensada tanto para la exportación como para atender las necesidades del mercado interior. Como los muebles clásicos birmanos son famosos por su calidad y su diseño, y en muchos bazares y tiendas de Bangkok se pueden encontrar a precios razonables, no lográbamos entender por qué mis amigos se habían empeñado en venir a buscarlos a un lugar como aquél.

Pese a su escaso conocimiento del inglés, el diálogo con la encargada fue sencillo porque, como casi todos los birmanos con quienes nos habíamos topado hasta entonces, sus modales eran extraordinariamente amables, y recordaba muy bien a mis amigos y los detalles del pedido, y yo tuve de inmediato la certeza de que, tal como ellos mismos me habían anticipado, el asunto se debía a un malentendido, fácilmente solucionable, sobre el puerto de España donde debía desembarcarse la mercancía. A la media hora salíamos de allí contentos y con todo resuelto, y si recuerdo ahora este incidente, a decir verdad insignificante y fácilmente omitible, no se debe a su valor en sí sino a algo que ocurrió más tarde y que no era posible prever en aquél momento. Y es que un par de años después de que mis amigos recibieran aquellos muebles, y a lo largo del relativamente corto periodo de otros tres, por causas distintas y

en circunstancias diferentes, esos tres amigos fallecieron uno tras otro y por causas tan oscuras como irracionales, yo no he podido desvincular desde entonces su recuerdo, y el de sus inopinados fallecimientos sucesivos, de aquella mujer, de aquella tienda y de aquellos muebles.

Un recuerdo muy diferente en todo caso del que me dejó la “tienda de Budas” a la que, después de comer en un restaurante chino a orillas de un hermoso lago con una música de fondo que sonaba como la versión birmana del ¡Oh Susana!, Shwe nos llevó esa misma tarde. Se trataba de un negocio con dos caras, una legal que daba a una vía asfaltada y aceptablemente urbanizada, y otra, manifiestamente ilegal, a la que se accedía subiendo una escalera, llamando a una puerta vigilada por una cámara, esperando a que te abrieran, y en la que no se podía entrar si no ibas debidamente acompañado. Una vez dentro, las mercancías se desplegaban en dos pisos repletos de budas, artesanados, pinturas, muebles y tallas la mayoría de las cuales, según se nos dijo - y en algún caso se nos mostró en el correspondiente catálogo – databan de los siglos XV al XVIII y cuyos precios oscilaban entre los 250 y los 1.500 dólares. Debía de tratarse de un establecimiento conocido, con redes de localización, compra y transporte asentadas por todo el país, y cuyo negocio atravesaba un momento boyante pues el encargado, un tipo gordo, de piel sudorosa y aspecto indolente que no se manejaba mal en inglés, nos explicó enseguida que todos las estatuillas que podíamos ver menos una estaban ya vendidas pero si le detallábamos nuestros gustos y preferencias y, desde luego, cuánto estábamos dispuestos a pagar, estaba seguro de poder satisfacernos, si no de un día para otro, desde luego sí cuando regresáramos a Rangún al concluir nuestro viaje.

Finalmente, lo que nos disuadió de comprar no fueron los precios – para nada excesivos dada la calidad de las piezas – sino esa mezcla de altruismo y egoísmo que tan a menudo aparecen juntas en circunstancias similares. Pues si, por un lado, nos repugnaba tomar parte del mismo saqueo que durante los años cincuenta y los sesenta del pasado siglo había vaciado tanta iglesia, tanto convento y tanto palacio español en beneficio de decenas de coleccionistas públicos y privados de Europa y América, por otro temíamos que llegado el momento de salir del país alguien, probablemente ligado a los mismos que nos lo habían vendido, hubiera alertado a los funcionarios de aduana de lo que llevábamos en las maletas lo que, como mínimo, incrementaría sustancialmente el precio final de la mercancía si es que no acababa teniendo consecuencias peores.

Todavía debatíamos sobre todo esto cuando llegamos al barrio chino a cuya entrada Shwe aparcó la furgoneta y, señalándonos una calle perpendicular a aquella en que nos habíamos detenido, exclamó “*Half an hour, straight ahead*”, de modo que nos bajamos, echamos a andar y durante los siguientes cuarenta y cinco minutos recorrimos un dédalo de calles y callejas, subimos una pasarela hasta el otro lado de la vía del tren y desembocamos en una zona de casas de cemento y ladrillo de dos y tres plantas, la mayoría con pequeños comercios en la planta baja, en cuyo centro había un mercado cubierto y bastante bien organizado con zonas separadas para ropa y calzado, alimentación, dulces, joyas y bisutería, piedras y tallas, etc. por cuyo interior circulaban algunos occidentales, anglosajones y norteamericanos en su mayoría, pero también algún que otro francés, algún nórdico y uno o dos latinoamericanos.

Mientras Pilar, Martín e Isabel se dedicaban a entrar y salir de las tienditas o a curiosear las mercancías de los puestos, yo me dediqué a pasear sin rumbo cierto por los pasillos del mercado recordando qué otros barrios chinos conocía, e inmediatamente me vinieron a la cabeza los de Nueva York y Bangkok, así que durante un buen rato, como una especie de juego mental, me entretuve tratando de identificar al menos tres semejanzas y tres diferencias entre el de Rangún y esos otros dos. Me resultó más sencillo dar con las diferencias que tenían que ver con el tamaño – pese a sus respetables dimensiones este era sin duda más pequeño – y la decoración – entre otras cosas, este carecía de la abundancia de globos y de luminosos de neón de los otros dos – y eran perceptibles a simple vista.

Con respecto a las similitudes tuve mayores dificultades pues quitando el hecho de que en los tres casos la mayor parte de los establecimientos tenían nombres chinos y carteles en chino sobre la entrada, y eran atendidos – mayoritaria aunque no totalmente – por personas con rasgos o ataviadas al modo tradicional chino, tuve de pronto la sensación, que posteriores viajes no han hecho sino confirmar, de que aquél conjunto urbano y los habitantes que lo poblaban se parecían mucho más a uno cualquiera de los modestos barrios de Shangai, Pekín, Xian o Hangshu que habíamos visitado durante nuestra viaje del 99 que las réplicas, en mayor medida artificiales y más orientadas hacia el turismo, de las ciudades chinas situadas fuera de China. Algo que, tal como les comenté a los demás cuando nos reunimos para iniciar el regreso, probablemente se debía sobre todo a su condición humilde y que tendía a perderse, tanto en China como fuera de ella, a medida que el aumento del nivel de renta acercaba los patrones de consumo chinos a los occidentales. De

modo que volvimos donde Shwe, subimos a la furgoneta y fuimos hacia el Shwe Dagon en medio de una animada discusión sobre la capacidad de resistencia de las distintas culturas asiáticas al efecto nivelador de la globalización, sobre qué cosas merecía la pena preservar, y sobre qué grupos sociales podían estar interesados en preservarlas.

Del Shwe Dagon conservo un recuerdo que se ha ido acentuando con el paso del tiempo y que guarda poca relación con el recorrido que esa tarde, todavía lluviosa, hicimos por sus escalinatas, terrazas y arcadas, con la impresión que su enorme estupa recubierta de oro y adornada con miles de piedras preciosas nos produjo, o incluso con los sucesivos repasos de la serie de fotografías que Pilar fue haciendo durante la visita, sino con algo que Shew Toe nos comentó al llegar, y que pudimos luego confirmar en la guía, y es la existencia de cuatro entradas en la base de la colina orientadas hacia cada uno de los cuatro puntos cardinales, las cuales dan acceso a sendos túneles de longitud indeterminada cuyos interiores no han sido, al día de hoy, explorados por completo y cuya utilidad y propósito siguen siendo, por tanto, objeto de numerosas especulaciones.

Sentir que bajo ese rico y luminoso mundo exterior, orientado hacia lo alto y a la trascendencia, anidaba un inframundo oscuro y desconocido con accesos marcados y caminos sin embargo nunca bien recorridos, me pareció una metáfora tan irrefutable como apropiada de la condición humana, y en aquél momento yo hubiera dado cualquier cosa por abrir una de aquellas entradas y adentrarme siquiera un corto trecho por una de aquellas galerías. Qué esperaba encontrar, eso no soy capaz de decirlo porque ni entonces ni ahora he logrado saberlo a ciencia cierta, pero lo que sí he sentido siempre es

que, fuese lo que fuese, habría de ser algo dotado de una gran relevancia para mi futuro en la misma medida en que me ayudaría a comprender mejor ciertos aspectos no bien esclarecidos de mi pasado.

No me parece, por tanto, extraño que el otro recuerdo del Shwe Dagon que de forma más nítida ha permanecido en mi memoria sea la imagen nocturna, vista desde la ventana de nuestra habitación del hotel, de la mitad superior de la gran estupa sobresaliendo iluminada sobre las negras copas de los árboles a una hora en la que era perfectamente posible imaginar que esas mismas negruras, retenidas durante el día en aquellos cuatro largos e inexplorados túneles, conseguían escapar de su forzado encierro para, adueñándose de calles y plazas, ascender solamente hasta el preciso nivel a partir del cual el oro y las piedras preciosas de ese colosal monumento a la fe, el trabajo y la arquitectura exhibían su permanente triunfo sobre las potencias oscuras y relucían magníficas durante toda la noche.

Si a todo eso se le añade la fatiga derivada de la humedad, la elevada temperatura y el continuo trasiego, tampoco me extraña que la visita final del día al Hotel Strand que, junto con el Imperial de Delhi, el Oriental de Bangkok y el Raffles de Singapur, formaba el circuito mítico de los grandes hoteles coloniales de principios del siglo XX, haya quedado reducida en mi agenda a tres cortas anotaciones sobre obsequioso criado birmano que me ofreció la toalla en el cuarto de baño, los 5 USD que costó cada jugo de frutas o los 500 USD del precio por noche de una habitación doble en una ciudad donde se podía almorzar decentemente por poco más de dos.

